

en que á edificar los templos I-Sag-illa é I-Zidda mi corazón me impulsó, hice yo muchos ladrillos de I-Sag-illa é I-Zidda en el país de Jatti con mis limpias manos con piedras de RUSHTI y para echar los cimientos de I-Sag-illa é I-Zidda.... yo.

»En el mes de Adar, en el día 20, en el año 43, eché yo los cimientos de I-Zidda, la eterna casa, el templo del dios Nebo en Borsippa. ¡Oh dios Nebo, excelso hijo.... de los dioses, el poderoso, tú, que para la excelcitud estás designado, preclaro hijo del dios Marduk, vástago de la diosa Irúa (1), la reina

pital del mismo imperio. En el año 129 antes de J.C., sucumbió definitivamente la dominación seleucida á manos de los partos, despues de haberle sido arrebatada, bastante tiempo antes, la Babilonia por los arsácidas partos (cuya era, que comienza en 248 años antes de J.C., figura untamente con la de los seleucidas - véase Strassmayer: «Inscripciones de los arsácidas,» en la «Revista asirológica,» tomo III, págs. 129 y siguientes, - en los contratos babilónicos, como también en las láminas astrológicas, de las cuales la mas moderna lleva fecha que corresponde al año 80 antes de J.C.). Véase también A. von Gutschmid: «Historia del Iran y comarcas vecinas, desde Alejandro Magno hasta la caída de los arsácidas,» Tubinga, 1888.

(1) La misma diosa que comunmente vemos escrita *Irúa* en la columna semita de la inscripción bilingüe de Samas-sum ukín; es un sobrenombre aplicado á la diosa Zarpánit, esposa de Marduk (véase la obra de Lehmann: *De inscriptionis... Samas sum u kin*; Munich, 1886, página 44).

que creó (léase PA-TI-KAT) mi nacimiento; mira gozoso sobre mí y á tu mandato que todo lo abarca, ¡(tu), cuya orden no es quebrantada, destruye el país de mis enemigos, dejame lograr poderosamente mi victoria sobre mis contrarios (y concédeme) justa autoridad real, largos años de reinado, alegría del corazón, esplendente fuerza y el don de la real dignidad de Anti-ukus y de Silukku, el rey, su hijo, por la eternidad! ¡Oh santo hijo, dios Nebo, hijo del templo I-Sag-illa, primogénito del dios Mirri (Marduk), preclaro, vástago de la diosa Irúa, la reina, cuando tú entres en el templo I-Zidda, la eterna casa, la casa de tu divinidad, el asiento de la alegría de tu corazón con júbilo y regocijo, así por tu eterno mandato, que es invariable, sean prolongados mis días, dilatados mis años, mi trono consolidado, hecho perdurable mi reinado! ¡Por tu excelso cetro, que regula el ciclo, (nótese *kuklu = ասլոս*) del cielo y de la tierra, sea puesta en tu santa boca mi gracia, que mis manos puedan conquistar todas las naciones desde la salida del sol hasta su puesta; que su tributo perciba yo y que pueda llevar á cabo la edificación de I-Sag-illa é I-Zidda! ¡Oh dios Nebo, preclaro hijo, cuando tú en el templo I-Zidda, la eterna casa, entres, que el bienestar de Anti-ukus, el rey de las naciones, de Silukku, el rey, su hijo, de Astartanikku (Estratonice), su esposa, la reina, el bienestar de todos ellos sea puesto en tu boca!

FIN DE LA HISTORIA DE BABILONIA Y ASIRIA

HISTORIA DE LA INDIA ANTIGUA

POR EL

DOCTOR S. LEFMANN

CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD DE HEIDELBERG

INTRODUCCION

CONOCIMIENTOS PRIMITIVOS SOBRE LA INDIA

La India es el país de las fábulas y maravillas que llenaban la imaginación de los demás pueblos desde la antigüedad remota hasta la época moderna, es decir, hasta que los pueblos del extremo Occidente del mundo antiguo empezaron sus conquistas en el lejano Oriente y abrieron allí al comercio europeo vastísimos territorios que rebosan de productos preciosos, y ofrecieron á la ciencia un mundo nuevo con una civilización antiquísima cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos.

De este lejano Oriente y de sus tesoros tenían noticia los pueblos mas antiguos que conocemos, como lo atestiguan los escritos que nos han dejado algunos. Ya en el 2.º capítulo del Génesis (1) se cita el país de Hévila (*Havilá* ó *Javilá* en hebreo, *Sáuvira* en sanscrito), regado por el río Pison (*Payasvan* en sanscrito) el lactífero; allí se cria el oro, el árbol de algodón (*bedorá* en hebreo, *badara* en sanscrito) y el ónice (*shoham*). Este país y el de Ofir, que tantas veces se cita en la Biblia, es la India occidental y el río Pison es el Ganges.

El pueblo fenicio, muchísimo tiempo antes que sus naves visitaran aquel país de Ofir, comerciaba con los ricos productos de la India, que le llevaban á Sidon y Tiro, juntamente con sus ganados y otros productos propios, los hijos de Kedar. Estos extendían sus correrías hasta Babilonia, y sus caravanas con las de los ismaelitas y madianitas atravesaban el desierto de Tadmor y cargaban los géneros, ya en las embocaduras del Eufrates, ya en las plazas marítimas de la península arábiga. Allí las llevaban por mar los mismos indios aryas que tenían además factorías y depósitos en la costa oriental de Africa, siendo su puerto y depósito principal la isla de Diu Socotora, llamada en sanscrito *Dvipa Sukhatara*, que quiere decir *isla feliz*, cuyo nombre corrompieron los antiguos griegos en Dioscórides, que en el transcurso de los siglos se transformó en Socotra, Soetra y Socotora. Del mismo modo derivan los nombres de muchos otros lugares en todas aquellas costas de nombres indios que antiguamente llevaban y bajo los cuales los pueblos antiguos los conocían, prueba evidente de ser indios aryas sus fundadores.

Unos 1000 años antes de nuestra era, cuando reinaba sobre el pueblo de Israel el rey Salomón y en Tiro (*Zor* en hebreo) el rey Hiram, buques fenicios iban á buscar directa-

mente á la India las mercancías que de allí necesitaban, sus puertos en el Mediterráneo estaban unidos por tierra con los de la Idumea en el golfo Arábigo, y desde allí la travesía era fácil hasta la India. En la Idumea, Salomón é Hiram de Tiro construyeron su escuadra destinada al comercio con el país de Ofir, es decir con la India, pues Ofir, nombre indio, se deriva evidentemente de *Sáuvira*, del cual los coptos hicieron Sufir y Sófera, y los hebreos Havilá. Del mismo modo se derivan del indio los nombres de las mercancías especialmente indias, como marfil (*chen habim* en hebreo, diente de *ibhas*), palo de sándalo (*algunim* en hebreo, *valgu* en sanscrito), monos (*cofim* en hebreo, *capí* en sanscrito), pavos reales (*thecum* ó *cecum* en hebreo, *cikhin* en sanscrito).

De esta manera extendióse en ya remotísima época la fama de las riquezas de la India y de sus preciosísimos productos, cuya venta enriqueció á su vez á los pueblos mercantiles, favoreció el desarrollo de la navegación y excitó en los poderosos de la tierra el deseo de poseer aquellos países lejanos y ricos. Enteramente oscuro y bastante fabuloso es lo que se cuenta del rey de Egipto, Ramesces, llamado por los griegos Sesostris, el cual se dice que armó una escuadra de 400 naves y con ella llegó hasta el Ganges sometiendo hasta allí todas las costas é islas. Mas fabulosa todavía es la expedición asiria que la leyenda atribuye á la poderosísima reina de Asiria, Semframis, suponiendo que á la cabeza de un ejército numerosísimo de guerreros á pié y á caballo, y cientos de miles de camellos disfrazados de elefantes, llegó mas allá del Indo hasta que encontró al rey llamado Stabarobates con su ejército que la derrotó y obligó á volver á su país. Esta fábula debe de tener, sin embargo, algun fondo de verdad, porque el nombre del rey Stabarobates es genuinamente indio (*Shávara pati* ó *Shávira-pati*), y las figuras de animales especiales de la India en el obelisco de Nínive indican ciertamente que los asirios penetraron en la cuenca del Indo, en cuya orilla derecha vivía un pueblo llamado *açvaka* ó *asaka* que, segun datos fidedignos, estuvo largo tiempo bajo el dominio del imperio asirio. Con la caída de este imperio, el dominio en aquel territorio pasó á la Media en tiempo del rey Fraortes, que reinó desde 655 hasta 633 antes de nuestra era, y un siglo despues á manos de Ciro, el conquistador de la Media, fundador del imperio persa. De Ciro se dice también que fué á visitar los confines orientales de su imperio, atravesó el desierto de Gedrosia y llegó hasta Gopura, la llamada Puerta de la India, en cuya campaña volvió á hacer tributario al

(1) Versículos 11 y 12.

pueblo aqva. De Darío Histaspes, el aqueménide, se sabe con bastante certeza que recorrió y sometió la cuenca del Indo. Teniendo presente los desastres que sufrió su predecesor en el desierto de Gedrosia, envió primero una división para recorrer aquellas regiones extremas de su imperio, y en el país de los pattyas, junto á la ciudad de Caspapiro ó Caspatiro, es decir, Kaçyapapura, situada probablemente cerca de la actual plaza fuerte de Atak á orillas del Indo, hizo construir despues una escuadra que bajó por el citado río y costeano entró en el mar Rojo despues de 30 meses de navegacion trabajosa. El griego Scilax, que mandó, ó cuando menos formó parte de la expedicion, publicó una relacion de su viaje. Solo despues de este ensayo, es decir, por el año 500, púsose en marcha Darío con un ejército numeroso, y desde las cumbres del Paropamisó sometió á todos los pueblos de la derecha del río Indo hasta su desembocadura.

Sobre estas expediciones de conquista y las mercantiles de los fenicios, y en particular sobre la relacion del citado griego Scilax, natural de la isla y ciudad dórica Carianda, se fundan los conocimientos mas antiguos que de la India llegaron al mundo greco latino. Ni la narracion de Scilax, ni la de Hecateo de Mileto en el Asia Menor, que la reprodujo, han llegado á nosotros; y la de Herodoto, que la sacó evidentemente de las anteriores, especialmente de la de Hecateo, se limita á noticias de pueblos del Noroeste de la India que no pertenecen á la raza arya. Refiere la abundancia de oro y de piedras preciosas que encierran las montañas y que arrastran los rios de aquel país y describe sus plantas y animales raros, los árboles que dan una lana mas fina que los carneros, las aves y cuadrúpedos de mas hermosos colores y mas grandes que los de otros países. De los hombres dice que los hay todavía nómadas y de rudas costumbres, que se visten de cortezas de árboles ó de las fibras corticales, que se comen á las personas demasiado viejas y decrepitas; otros que habitan pantanos y se alimentan de peces, y otros que no tienen casas ni cultivan la tierra, que no matan á ningún sér viviente y sólo se alimentan de yerbas y de una especie de mijo, y se queman vivos ellos mismos. Todo esto cuenta á sus griegos Herodoto de los hombres y de muchas otras cosas del extremo Oriente habitado, y lo refiere con gran complacencia propia y no poca satisfaccion de sus compatriotas coetáneos y posteriores, que probablemente por entonces no tuvieron otras noticias de la India. Solo 50 años despues se las dió Ctesias, natural de Gnido en Caria, que habia sido muchos años médico de cámara en la corte de Persia. En su escrito sobre la India, del cual han llegado hasta nosotros algunos fragmentos, describe los elefantes que quizás habia visto en Persia, los tigres que llama perros leoninos y los caballos que dice no son mayores que carneros; habla de carneros y cabras imponentes que tienen colas largas, anchas y gordas; monos pequeños de colas larguísimas; gallinas grandes y otras aves de colores brillantísimos, entre ellas unas de cara encarnada y cuello azul que saben hablar el indio, y que hablarían igualmente el griego si se lo enseñasen. Ensalza la feracidad del país, y trata de las palmeras y de sus ricos productos. A las orillas del Indo, cuya corriente tiene una anchura que se mide por leguas, dice que crecen cañas tan elevadas como mástiles y tan gruesas que dos hombres no llegan á abrazarlas. En uno de los lagos de aquel país cubre las aguas un aceite comestible; de los habitantes dice que los hay blancos ó casi blancos y de color; que hay pueblos de gigantes y otros de enanos; que hay hombres con cola y otros de cabeza de perro, y otras cosas por este estilo; todo lo cual le valió entre sus compatriotas la fama de embustero, tanto mas cuanto que ensalzó, segun dice otro autor griego, la justicia exquisita de aquellos pueblos, su moralidad, su buena índole, su valor y

su desprecio de la muerte. El buen Ctesias, léjos de ser embustero á sabiendas, aunque exagera las cosas un tanto, solo contó seguramente lo que habia oido contar en Persia, á donde las noticias llegaron ya exageradas por la fantasía de los mismos indios.

No pasaron dos generaciones y los griegos se vieron enfrente de elefantes de la India y poco tiempo despues los pudieron admirar en este mismo país. Cuando Alejandro de Macedonia hubo conquistado el imperio persa, quiso ver la India, el país de las maravillas, y extender su imperio sobre él hasta el último límite de la tierra habitada, hasta el desierto donde, segun Herodoto y Ctesias, ya no existe la vida. Ni las aguas del Indo, ni el formidable ejército de infantería, caballería, carros y elefantes del rey indio Poro fueron bastantes para quebrantar su propósito; pero le quebrantó la resistencia de sus propios soldados, que á orillas del río Ujása, el Hifasis de los griegos, le obligaron á volver atrás. El regreso se hizo como es sabido bajando una tercera parte de las fuerzas por el río y otra tercera parte por tierra, por cada orilla, donde sometieron de grado ó por fuerza todos los pueblos que encontraron á su paso. Al llegar cerca del mar, se separaron la escuadra y el ejército terrestre; este tomó el camino por el desastroso desierto de Gedrosia, y aquella continuó su navegacion costeano hasta encontrar las bocas del Eufrates. Nueve meses duró este viaje marítimo. Por primera vez habia puesto los piés en la India un pueblo civilizado europeo; y los datos reunidos por el almirante Nearco y por otros jefes griegos del ejército de Alejandro fueron las primeras noticias directas de testigos oculares que de la India llegaron á Europa.

Diez años despues de la muerte de Alejandro, el mas notable de sus sucesores, Seleuco, emprendió otra expedicion hácia aquel lado para consolidar y extender el dominio siriomacedonio en aquella region y al propio tiempo envió una embajada á Chandragupta, á quien los griegos llamaban Sandracot, soberano del país situado entre los rios Indo y Ganges, que residía en Pataliputra (llamada por los griegos Palibothra), para hacer con él un tratado de paz y amistad. El embajador era Megástenes, oficial griego que habia tomado parte en la expedicion de Alejandro Magno, y que á la vuelta de su embajada describió todo lo que habia visto y oido en su viaje y en la corte del rey indio. Esta obra, titulada *Índica*, y los escritos anteriormente citados, fueron las fuentes de donde Estrabon, Arriano y otros autores posteriores sacaron sus datos sobre la India; datos que contenian todo cuanto el mundo greco-latino ha sabido de aquella vasta y misteriosa region, y de lo cual nos podemos formar una idea por lo que de aquellos escritos ha llegado hasta nosotros.

Con la relacion de Megástenes recibieron los griegos conocimientos mas vastos, á la par que mas exactos, de la India, de su situacion geográfica y clima, de sus montañas y rios, de sus productos, plantas y animales, de sus habitantes, razas, cultos, usos y costumbres, bien que muchas cosas les debieron de parecer todavía fabulosas, como la altura de ciertos árboles, la magnitud de las hojas de muchos de ellos, los árboles que por medio de ramas buscan el suelo donde se arraigan y forman por su crecimiento nuevos troncos, por manera que un solo árbol multiplicando troncos acaba por formar una vasta techumbre de follaje que descansa como sobre columnas, y bajo la cual encuentran sombra y abrigo centenares y hasta millares de personas. No menos fabuloso les debió de parecer lo que en aquella relacion les decia su compatriota respecto de los animales que poblaban las selvas y de los monstruos del mar, del tamaño y de la fuerza de las ballenas, de las cuales los griegos no tuvieron noticia. No se limitó Megástenes á lo real y positivo, sino

que tambien se dejó arrastrar, como sus predecesores, al terreno de la fábula cuando habla de los tesoros minerales que encierra la India, de su riqueza aurífera, y hasta repite el cuento de las hormigas que minan el suelo en busca de oro; habla de gigantes, enanos y pulgarines, de hombres sin ojos, sin boca, de cabeza de perro y de muchísimos otros monstruos humanos.

No hay que atribuir, en nuestra opinion, estas exageraciones al placer de burlarse del público, ni á una fantasía de irresistible empuje en el narrador, sino á la credulidad, á la preocupacion inveterada respecto de las cosas de la India, á la insuficiencia de conocimientos en materia de historia natural y á la consiguiente falta de la base principal para la formacion de un juicio crítico, falta de que adolecian los griegos y otros europeos que en lejana época visitaron por primera vez la India, y creían cuantas cosas en aquel país les contaban, además de aquellas que llegaron á ver con sus propios ojos.

Hácia el año 250 antes de J.C., mucho tiempo despues del advenimiento al trono de la dinastía seleucida y de la separacion de la satrapía-bactriana, que constituyó un reino independiente cuyos dominios se extendían del lado de la India, se mantuvo un comercio activo entre los griegos de la Siria y el Noroeste de la India. Este comercio, y aun el dominio de los griegos, continuaron todavía mas de un siglo, hasta que en el año 126 antes de nuestra era pasaron los escitas ó los saceos el Yaxartes y penetraron en aquella parte de la India. En aquellas circunstancias los griegos tomaron muchísimo menos de la civilizacion y la ciencia de los indios que estos de la cultura y del saber de los griegos.

Mientras los reyes de Siria se esforzaban por robustecer y extender su dominio en la India, los Tolomeos de Egipto procuraron fomentar con aquel país su productivo comercio. Tolomeo Filadelfo intentó realizar la idea que Tolomeo Lago habia concebido de unir el Nilo con el mar Rojo por medio de un canal navegable; y como este plan no tuvo el éxito deseado, fundó la ciudad de Berenice, adonde llevaban sus mercancías los buques que como la expedicion de Alejandro Magno iban costeano desde la India y doblaban despues el cabo Ras-el-Gat, llamado Siagrijo por los antiguos. Desde Berenice pasaban las mercancías por la via terrestre á Coptos y desde allí por el Nilo abajo hasta Alejandría, el gran emporio del comercio entre el Occidente y el Oriente.

El Egipto quedó, en efecto, durante siglos, en posesion no disputada de este comercio, y no se le hicieron perder ni las contiendas interiores, ni la consiguiente decadencia política, ni su sumision á Roma, donde el consumo de los productos de la India se habia hecho una necesidad desde largo tiempo, cuando todavía debían llevarlos por la via terrestre al través del desierto de Siria los comerciantes sirios y egipcios. En los altares de los dioses, como en las piras en que se quemaban los cadáveres de los ricos, se consumían grandes cantidades de preciosos aromas; las perlas y piedras preciosas se pagaban á precios elevadísimos; las mujeres ricas, y muy pronto tambien los hombres afeminados, se vestían de seda, bien que nadie se cuidaba de saber de dónde todo aquello procedía. En la primera época del imperio no se sabia de la India en Roma sino muy poco mas de lo que sabían los griegos en tiempo de Alejandro Magno; y si en realidad el rey indio Pándya (llamado por los romanos Pandion) envió una embajada al emperador Augusto, este hecho no probaría otra cosa sino que la fama de Roma se habia extendido hasta la India, pero de ninguna manera que los romanos tuviesen gran conocimiento de este país.

Mejor informado que Estrabon, que sacó sus noticias de los escritos de Megástenes y de los predecesores de éste,

estuvo medio siglo despues el geógrafo Pomponio Mela y mejor todavía su contemporáneo Plinio el Mayor, cuya Historia Natural contiene noticias de ciudades y número de habitantes, de los pueblos y de sus reyes situados entre el Indo y el Ganges, entre las cordilleras del Himalaya y los Vindhya; datos que hacen suponer la existencia de muchas noticias nuevas y exactas que los autores anteriores no habian tenido. En tiempo de este Plinio, Hipalo descubrió ó supo aprovechar discretamente los monzones, vientos periódicos que reinan en el mar de la India, y con este nuevo conocimiento se pudo hacer por alta mar, que es la via mas corta, la travesía desde el extremo meridional de la Arabia á la costa occidental de la península índica, de modo que, segun el cálculo de Plinio, en menos de un año se podia hacer el viaje de ida y vuelta desde Alejandría á la India. El punto adonde se dirigían las naves era la isla de Ceilan (la Trapobana de los antiguos) que, segun creía todavía Mela, era solo el extremo de otro continente. Plinio no sabia tampoco mas; y hablando de una embajada de Trapobana que se presentó al emperador Claudio, refiere con la mayor ingenuidad que los enviados no podían salir de su asombro al ver la constelacion de las Pléyades, el primer cuarto de luna y la salida y puesta del sol que estaban acostumbrados á ver en su país al revés.

Resta saber, sin embargo, de dónde Plinio sacó las noticias detalladas y precisas que da sobre la India, y se ha creído muy equivocadamente que las tomó de la circunnavegacion del mar Rojo, que se atribuye erróneamente tambien á Arriano, pero este Periplo, como se titula la obra, fué escrito diez ó veinte años despues de la Historia Natural, y fué probablemente debido á algun comerciante egipcio que recorriera toda la costa occidental de la India sin penetrar en el interior. Por eso la obra de Plinio contiene pormenores precisos tratando de imperios, reinos, pueblos, soberanos y ciudades mercantiles de las costas, pero noticias vagas y fabulosas, bien relatadas con entera buena fe cuando trata de pueblos salvajes del interior, de desiertos, monstruos y demás cosas horribles. Plinio es el autor mas antiguo que habla de la costa occidental del Dekhan, bien que trae los nombres propios muy desfigurados, defecto que, unido á la ausencia de mapas, impide formar juicio sobre la exactitud de su descripcion y de los conocimientos que en su tiempo se tenían de la India en el mundo greco-romano. En aquella época los greco latinos tenían ya y usaban mapas, pero no de aquellas regiones lejanas; los mas antiguos que de la India se conocen son debidos al geógrafo Claudio Tolomeo, que vivió un siglo despues y fué el primero que fijó las situaciones geográficas por medio de meridianos y latitudes que de la esfera celeste aplicó á la tierra. Para esta obra, el gran geógrafo de la antigüedad, establecido en Alejandría, disponía de un material abundante, como relaciones de viajeros y comerciantes y cálculos y observaciones de los marinos, que Tolomeo utilizó con gran laboriosidad y exactitud pero tambien con discrecion y crítica independiente; y si su obra tiene grandes defectos no es la culpa suya. Respecto de la extension y configuracion de la India, de los mares inmediatos y de las islas, no hay semejanza alguna entre sus datos y los conocimientos actuales. Lo que dice de Trapobana (en indio Tãmrarni) y de algunos lugares del mismo país, no deja duda alguna de que habla de Ceilan, y lo mismo se puede decir de otras islas mas orientales, así como de varias ciudades de la costa oriental de la península índica, que todas se identifican bastante bien; pero no deja de conocerse que tenia todos estos datos de personas que los habian oído á otras, pues ningun viajero curioso ni comerciante de este lado de la India habia visitado todavía la costa oriental ni los mares é islas mas allá del cabo Comorin. Efectivamente,